

Prof. Sáez Rueda

— Freud, S., *El malestar en la cultura, en Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948-1968, vol. VIII (Se publicó originalmente en 1930).

— § 1

1. Génesis de la sensación del propio yo

- A partir de una ausencia de fronteras yo-realidad: hipótesis del sentimiento oceánico.
- Deslinde de un hedónico o placiente y un «exterior amenazante y ajeno»: el aún omnipotente *principio del placer* induce a abolir las sensaciones de dolor y displacer, expulsándolas a un «afuera» que es como un «no-yo»; pero luego, ese límite se hace cuestionable, dando así el primer paso hacia la entronización del *principio de realidad*
- Sentido yoico, por consiguiente, como residuo atrofiado de un sentimiento más amplio, aun de envergadura universal, que correspondería a una comunicación más íntima entre el *yo* y el mundo circundante. Eso explica que sus contenidos ideativos de fondo conecten con las nociones de Infinitud y de Todo.
- Observación: origen de los sentimientos religiosos: no en el «sentimiento oceánico», sino en la relación con el padre y la experiencia del desamparo.

2. Principio de conservación de lo primitivo en lo evolucionado. Bifurcación del curso evolutivo.

3. Carácter irrepresentable de la vida psíquica.

— § 2

1. Irrealizable felicidad. La felicidad completa es irrealizable. El ser humano busca, entonces, cauces para paliar esa falta.

- Lenitivos: distracciones poderosas, satisfacciones sustitutivas, narcóticos.
 - Evitar el sufrimiento y perseguir el placer. Fin irrealizable.
 - Aislamiento voluntario
 - Intoxicación
 - Dominio de las necesidades (ascetismo, austeridad)
 - Sublimación
 - Transformación activa de la realidad
 - Amor
 - Contemplación de la belleza
- Única vía de solución: realización personal mediante un juego de elecciones variables
- #### 2. La religión perturba dicho juego.

— § 3

1. Carácter paradójico de la cultura: busca proteger al hombre y permitir escapar al sufrimiento creando también, en su propio seno, hostilidad (interna hacia la cultura)

2. Sentido de «cultura»

- Dos resortes: *Ananké* y *Eros* (ver también parágrafo 4)
- Elementos culturales: bienes útiles, orden y limpieza, actividades psíquicas superiores
- Génesis de la regulación social y del derecho.

— § 4

1. Fases en la evolución de la cultura

1.1. «Fase totémica»

- Familia primordial. Asesinato primordial, tótem y tabú.
 - La fase totémica de la cultura se basa en las restricciones que los hermanos hubieron de imponerse mutuamente para consolidar el nuevo sistema tras el asesinato del padre.
 - Los preceptos del Tabú se convirtieron así en el primer *Derecho*, la primera *Ley*.
 - Eros, que conduce ese proceso, surge del amor sexual y se convierte en un *impulso coartado en su fin*.
 - Observación: exacerbado este mecanismo en una moral del amor universal [Este mecanismo funciona, de un modo exagerado en ciertos individuos. Frente a la agitada vida sexual, consiguen así una «actitud de ternura etérea e imperturbable», injusta —piensa Freud—: comete una injusticia frente al objeto, porque no discrimina]

1.2. Siguiendo paso: conflicto entre obra cultural (masculina) y conservadurismo de la familia (de centralidad femenina).

- Al enfrentarse «cultura» (que viene impulsada por una sublimación de los impulsos sexuales en la creación de lazos sociales) y «familia», se enfrentan hombre y mujer.
- Observación muy interesante. Todo este proceso de sublimación implica un sacrificio del instinto sexual, que la cultura occidental ha exacerbado.

— § 5

1. [Recuerda Freud una tesis de partida que atraviesa su obra y que hemos comentado en clase] Lo que obliga a la cultura a aumentar los lazos libidinosos¹ (lo cual, por otra parte, está unido con la represión sexual), es la necesidad de reprimir tendencias agresivas.

- Nota interesante. Empezamos a darnos cuenta de ello si investigamos el carácter *contra natura* de preceptos tales como «amarás al prójimo como a ti mismo»

2. Y es que hay una *hostilidad primordial* entre los hombres que obliga a la creación de identificaciones crecientes (trabajo de Eros) y a la creación de preceptos encaminados a la unión de los individuos.

«Debido a esta primordial hostilidad entre los hombres, la sociedad civilizada se ve constantemente al borde de la desintegración. El interés que ofrece la comunidad de trabajo no bastaría para mantener su cohesión, pues las pasiones instintivas son más poderosas que los intereses racionales. La cultura se ve obligada a realizar múltiples esfuerzos para poner barreras a las tendencias agresivas del hombre, para dominar sus manifestaciones mediante formaciones reactivas psíquicas. De ahí, pues, ese despliegue de métodos destinados a que los hombres se identifiquen y entablen vínculos amorosos coartados en su fin»

¹ La libido es la energía de Eros. Eros impulsa a la creación de lazos afectivos persistentes en el tiempo y cada vez más amplios, lo cual es necesario para la vida de los hombres en el medio hostil de la naturaleza.

2. El comunismo se equivoca en presuponer una tendencia natural a la confraternización
3. Un mecanismo habitual para satisfacer la hostilidad primordial: «narcisismo de las pequeñas diferencias»

[Aclaración. Se trata de «un medio para satisfacer, cómoda y más o menos inofensivamente, las tendencias agresivas, facilitándose así la cohesión entre los miembros de la comunidad». Consiste en dirigir la libido a un grupo restringido, reorientando entonces la hostilidad al «otro», que es, por la facilidad que propicia, con mayor frecuencia el vecino, con lo cual hay que odiar en el otro diferencias en el fondo mínimas y exaltarlas. «Siempre se podrá vincular amorosamente entre sí a mayor número de hombres, con la condición de que sobren otros en quienes descargar los golpes»]

— § 6

1. Cómo llegó a concebir paulatinamente la teoría según la cual existen dos instintos fundamentales: Eros y Thanatos

2. Cultura como lucha entre estos dos titanes

El instinto de destrucción, las tendencias agresivas, han sido casi coartadas en su fin y sirven al dominio de la naturaleza. La cultura es el trabajo de Eros, al que se le opone el de Thanatos. La libido es la energía de Eros. La lucha la resume Freud así:

«[En la cultura] se trata de un proceso puesto al servicio de Eros, destinado a condensar en una unidad vasta, en la humanidad, a los individuos aislados, luego a las familias, las tribus, los pueblos y las naciones. No sabemos por qué es preciso que sea así: aceptamos que es, simplemente, la obra de Eros. Estas masas humanas han de ser vinculadas libidinalmente, pues ni la necesidad por sí sola ni las ventajas de la comunidad de trabajo bastarían para mantenerlas unidas. Pero el natural instinto humano de agresión, la hostilidad de uno contra todos y de todos contra uno, se opone a este designio de la cultura. Dicho instinto de agresión es el descendiente y principal representante del instinto de muerte, que hemos hallado junto a Eros y que con él comparte la dominación del mundo. (...) [la evolución cultural] por fuerza debe presentarnos la lucha entre Eros y muerte, instinto de vida e instinto de destrucción, tal como se lleva a cabo en la especie humana. Esta lucha es, en suma, el contenido esencial de la misma, y por ello la evolución cultural puede ser definida brevemente como la lucha de la especie humana por la vida. ¡Y es este combate de los Titanes el que nuestras nodrizas pretenden aplacar en su “arroyo del Cielo”!» (3052-3053)

— §§ 7 y 8

1. Explicación genética de la conciencia moral

- 1.1. Génesis: necesaria introyección de la agresión antagónica a la cultura. Surge así el Super-yo

[Aclaración] Pretende responder a la pregunta: «¿A qué recursos apela la cultura para coartar la agresión que le es antagónica?» Busca, en primer lugar, una explicación a través de la historia del individuo. En términos generales, la respuesta es: a través de la conciencia moral. Su estructura viene a ser la siguiente: «la agresión es introyectada (...), dirigida contra el propio yo, incorporándose a una parte de éste, que en calidad de *super-yo* se opone a la parte restante y, asumiendo la función de 'conciencia' [moral], despliega frente al yo la misma agresividad que el yo, de buen grado, habría satisfecho en individuos extraños».

- 1.2. Vinculación con el sentimiento de culpabilidad

«La tensión creada entre el severo *super-yo* y el yo subordinado al mismo la calificamos de *sentimiento de culpabilidad*; se manifiesta bajo la forma de necesidad de castigo».

1.3. Evolución ontogenética

a) Origen en el «miedo a la pérdida del amor»

[Aclaración] ¿Cómo se llega a la conciencia moral, es decir, a respetar y temer principios que son represores de instintos? El hombre no tiene una facultad —dice— natural para discernir el bien del mal. Por tanto, debe haber un motivo distinto para esta subordinación. Podemos encontrarlo en el desamparo y la necesidad de los demás. Esa condición crea un temor a perder refugio y ayuda: «miedo a la pérdida del amor». Por tanto, genealogía del criterio moral (bueno-malo).

«Así, pues, lo malo es, originalmente, aquello por lo cual uno es amenazado con la pérdida del amor». «Mala conciencia» es idéntico a «angustia social». En el niño es ese miedo a perder el amor parental. En los adultos, «el lugar del padre o de ambos personajes parentales es ocupado por la más vasta comunidad humana».

b) Introyección de la autoridad, génesis del *super-yo*

[Pero sólo se puede hablar propiamente de conciencia moral y de sentimiento de culpabilidad cuando la autoridad es internalizada, estableciéndose un *super-yo*]

c) Detalles interesantes en esta conformación

c.1) En el *super-yo* perdura el pasado

«El *super-yo* no tiene a nuestro juicio motivo alguno para maltratar al *yo* (...). Pero la influencia de su génesis, que hace perdurar lo pasado y lo superado, se manifiesta por el hecho de que, en el fondo, todo queda como era al principio. El *super-yo* tortura al pecaminoso *yo* con las mismas sensaciones de angustia y está al acecho de oportunidades para hacerle castigar por el mundo exterior».

c.2. Tanto mayor la severidad del *super-yo* cuanto más virtuoso es el hombre

El *yo* sumiso y austero no goza de la confianza de su mentor y se esfuerza, al parecer en vano, por ganarla. Una posible explicación: la tentación no hace sino aumentar en intensidad bajo las constantes privaciones.

c.3. La adversidad intensifica también esa severidad

«Mientras la suerte sonrío al hombre, su conciencia moral es indulgente (...); en cambio, cuando la desgracia le golpea, hace examen de conciencia, reconoce sus pecados, eleva las exigencias de su conciencia moral, se impone privaciones y se castiga con penitencias». Explicación: El origen de la conciencia moral permanece. «El destino es considerado como un sustituto de la instancia parental; si nos golpea la desgracia, significa que ya no somos amados por esta autoridad máxima, y amenazados por semejante pérdida de amor, volvemos a someternos al representante de los padres en el *super-yo*».

c.4. Sentimiento de culpabilidad

c.4.1. Su persistencia

Después de que se han saldado las cuentas con la autoridad externa, no parece lógico que persista la culpa. Sin embargo, acompaña como una especie de constante al individuo en su vida. Causa: ahora, con la aparición del *super-yo*, no basta la renuncia *de hecho* al cumplimiento del deseo no autorizado. El deseo mismo es *visto* por esta instancia. Y como el deseo persiste, persiste la amenaza del *super-yo*. «Se equipara la mala acción con la intención malévola, de modo que aparece el sentimiento de culpabilidad y la necesidad de castigo».

Cita impresionante: «La virtuosa abstinencia ya no es recompensada con la seguridad de conservar el amor, y el individuo ha trocado una catástrofe exterior amenazante —pérdida de

amor y castigo por la autoridad exterior—, por una desgracia interior permanente: la tensión del sentimiento de culpabilidad».

c.4.2. [¡Extraña e inquietante tesis!] Su tenaz crecimiento, provocado incluso —y paradójicamente— por la represión de la agresividad

Comienza planteando este curioso e inquietante fenómeno. El que aumente, como hemos dicho, con la adversidad y con la virtud, ya son prueba suficiente de su carácter paradójico. Introduce, entonces, una tesis a la que concede especial relevancia. Si bien al principio la conciencia moral (más exactamente: la angustia, convertida después en conciencia) es la causa de la renuncia a los instintos, posteriormente, en cambio, esta situación se invierte: toda renuncia instintual se convierte entonces en una fuente dinámica de la conciencia moral; toda nueva renuncia a la satisfacción aumenta su severidad y su intolerancia.

[Explicación que me doy yo (busque el alumno si está de acuerdo con ello): la intensidad del castigo del super-yo crece porque, una vez que hay autoridad, tengo que reprimir no sólo aquello instintivo que dicha autoridad está destinada a reprimir, sino que tengo que reprimir también mi deseo de venganza contra esa autoridad, mi agresividad. Pero esto hace que el super yo sea más fuerte y que mi agresión hacia la autoridad sea mayor, con lo cual se fomenta un crecimiento. En efecto, ¿Cómo explicar este fenómeno tan paradójico? Hay que tener en cuenta el factor de la propia agresión hacia el exterior. Al principio, el niño desarrolla esta agresividad porque la autoridad externa reprime deseos suyos. Pero «bajo el imperio de la necesidad, el niño se vio obligado a renunciar también a esta agresión vengativa». ¿Cómo? «Incorpora, identificándose con ella, a esta autoridad inaccesible, que entonces se convierte en *super-yo* y se apodera de toda la agresividad que el niño gustosamente habría desplegado contra aquella». Es una situación invertida, en la que el agresor y el agredido son ya parte del mismo individuo. En el § 8 sigue perfilando esta idea. ¿Cómo se explica que una represión —una exigencia erótica insatisfecha— produzca, en vez de tranquilidad, más mala conciencia? «Esto sólo parece ser posible a través de la siguiente derivación indirecta; al impedir la satisfacción erótica se desencadenaría cierta agresividad contra la persona que impide esa satisfacción, y esta agresividad tendría que ser, a su vez, contenida. Pero en tal caso sólo sería nuevamente la agresión la que se transforma en sentimiento de culpabilidad, al ser coartada y derivada al *super-yo*». Por tanto, la tesis viene a culminar en este resultado. «La primitiva severidad del *super-yo* no es —o no es en tal medida— la que el objeto nos ha hecho sentir o la que le atribuimos, sino que corresponde más a nuestra propia agresión contra el objeto. Si esto es exacto, realmente se puede afirmar que la conciencia se habría formado primitivamente por la supresión de una agresión y que en su desarrollo se fortalecería por nuevas supresiones semejantes». Eso explica que no haya una correspondencia completa entre la severidad del *super-yo* y la severidad de la autoridad externa. Un niño educado muy blandamente puede desarrollar una conciencia moral sumamente severa.

1.4. Estructura y evolución semejantes en la dimensión filogenética

1.4.1. Complejo de Edipo y homicidio primitivo del padre

Estas características se explican mejor mirando la historia. El exceso de la reacción punitiva (del *super-yo*) se aclara si consideramos que el padre primitivo seguramente fue terrible. «No podemos eludir la suposición de que el sentimiento de culpabilidad de la especie humana procede del complejo de Edipo y fue adquirido al ser asesinado el padre por la coalición de los hermanos. En esa oportunidad la agresión no fue suprimida, sino ejecutada».

1.4.2. Remordimiento, como consecuencia de la *ambivalencia afectiva*

Se pregunta Freud si no será el sentimiento de culpa algo derivado de la moral (y no al revés): ¿no vendrá del remordimiento? «Este remordimiento fue el resultado de la primitivísima ambivalencia afectiva frente al padre, pues los hijos lo odiaban, pero también

lo amaban; una vez satisfecho el odio mediante la agresión, el amor volvió a surgir en el remordimiento consecutivo al hecho, erigiendo el *super-yo* por identificación con el padre, dotándolo del poderío de éste, como si con ello quisiera castigar la agresión que se le hiciera sufrir, y estableciendo finalmente las restricciones destinadas a prevenir la repetición del crimen»

2. Carácter inevitable del sentimiento de culpabilidad en la cultura y por la lucha entre *Eros* y *Thanatos*. Amenaza de que dicho crecimiento se haga insoportable

Todo proviene, entonces, de esta ambivalencia afectiva. *Eros* tiende a unir (para la supervivencia) y *Thanatos* es el cúmulo agresivo que genera el trabajo de *Eros*. La cultura necesita del primero y genera necesariamente al segundo para ello. Necesita, entonces, de un desarrollo de la conciencia moral y del sentimiento de culpa. Este es el problema de la cultura. Esta exaltación del sentimiento de culpabilidad amenaza con hacerse insoportable para el individuo.

«El proceso que comenzó en relación con el padre concluye en relación con la masa. Si la cultura es la vía ineludible que lleva de la familia a la humanidad, entonces, a consecuencia del innato conflicto de ambivalencia, a causa de la eterna querrela entre la tendencia de amor y la de muerte, la cultura está ligada indisolublemente con una exaltación del sentimiento de culpabilidad, que quizá llegue a alcanzar un grado difícilmente soportable para el individuo»

En el § 8 se insiste en «destacar el sentimiento de culpabilidad como problema más importante de la evolución cultural, señalando que el precio pagado por el progreso de la cultura reside en la pérdida de felicidad por aumento del sentimiento de culpabilidad». Como la cuestión está en la agresividad (tanto entre los hombres como a través de la hostilidad hacia la cultura), sentencia: «¡Cuán poderoso obstáculo cultural debe ser la agresividad si su rechazo puede hacernos tan infelices como su realización!». Pues bien, esta infelicidad a la que se refiere se convierte en una «angustia inconsciente», en una especie de «malestar» oscuro al que se le buscan explicaciones en otras cosas. El texto termina dramáticamente:

«A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si —y hasta qué punto— el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción (...) En este sentido, la época actual quizá merezca nuestro particular interés (...) Sólo nos queda esperar que la otra de ambas “potencias celestes”, el eterno *Eros*, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario. Mas ¿quién podría augurar el desenlace final?» (reflexiónese sobre la frase subrayada —subrayado nuestro)